

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez  
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

- |                                 |           |  |
|---------------------------------|-----------|--|
| <i>Jorge Scampini O.P.</i>      | <b>3</b>  | <b>La Iglesia apostólica</b>                                 |
| <i>Patricio Rota Scalabrini</i> | <b>11</b> | <b>Jesús, fundamento de la apostolicidad</b>                 |
| <i>Andreas Merkt</i>            | <b>22</b> | <b>Ministerio de la Tradición<br/>y Carisma de la Verdad</b> |
| <i>Aldino Cazzago</i>           | <b>41</b> | <b>Las “notas” de la Iglesia<br/>en el Cristiano</b>         |
| <i>Thomas Schärntl</i>          | <b>63</b> | <b>¿Qué es la crisis de la Iglesia?</b>                      |
| <i>Benito XVI</i>               | <b>82</b> | <b>¿Qué es la Teología?</b>                                  |

# LAS “NOTAS” DE LA IGLESIA EN EL CRISTIANO

*Aldino Cazzago\**

*En un santo ha pasado la Iglesia entera.*  
H. de Lubac

## *Introducción*

A los ojos de muchos, también de los cristianos, la Iglesia aparece como una inútil y fatigosa etapa intermedia para llegar a Dios. Otros hacen de necesidad virtud, y la aceptan porque es a ella a la que se debe dirigir para obtener la misericordia de Dios. En esta visión del cristianismo la pertenencia a la Iglesia es vivida más como un peso del que liberarse, que como un camino seguro para la comunión con Dios. La advertencia de la *Lumen Gentium* n° 14 sobre no limitar la propia pertenencia a la Iglesia solamente al “cuerpo”, sino de alargarla hasta el “corazón”, no ha perdido actualidad.

Hemos delineado algunas preguntas que intentaremos res-

---

\* Aldino Cazzago (1958) es sacerdote desde 1983 y pertenece a la Orden de los Carmelitas Descalzos. Enseña Teología del Oriente cristiano y Hagiografía en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica (sede de Brescia). De sus últimas publicaciones recordamos: *I santi danno fastidio*, Jaca Book, Milano 2004; *Il cristianesimo orientale e noi*, Jaca Book, Milano 2008; *365 giorni con Giovanni Paolo II*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2009; e *Giovanni Paolo II. Con Cristo nel mondo*, Messaggero, Padova 2010. Es director de la edición italiana de *Communio*.

ponder. ¿Por qué la pertenencia a la Iglesia no es más sentida como una condición históricamente necesaria para un auténtico cristianismo? ¿Por qué el decir “yo soy católico” no suscita otra cosa distinta que no pertenecer a la confesión protestante u ortodoxa? ¿Por qué dar testimonio del Evangelio de Cristo con “coraje apostólico” (*Misal Romano, liturgia de S. Bernabé*) y donar “gustosamente nuestra vida por la unidad y la santidad de la Iglesia” (*Misal Romano, liturgia de S. Josafat*) suenan como afirmaciones más o menos extrañas a la sensibilidad de no pocos cristianos?

La tesis que entendemos proponer para responder a las preguntas apenas formuladas, se delinea en estos términos: repensar en perspectiva eclesiológica una parte de la antropología. La persona del cristiano, y la del santo en modo particularmente evidente, son el “lugar” donde, con sus “notas”, la Iglesia se manifiesta y se comunica a los hombres del mundo. El tratado sobre la Iglesia podría concluir con un capítulo para repensar justamente en clave eclesiológica algunos aspectos de la antropología cristiana, mostrando de este modo la verdad contenida en la famosa afirmación de Romano Guardini: “el despertar de la Iglesia en las almas”<sup>1</sup>.

El concepto de la “dispersión”, bien conocido en física, ilustra bien la idea que queremos sostener aquí. Justamente por “dispersión” la física entiende el fenómeno por el cual un rayo de luz blanca, sufriendo una refracción, se descompone en varios rayos de luz coloreados. Aun con toda la parcialidad propia de esta imagen, creemos poder sostener que en el cristiano –y en el santo en modo particularmente cumplido– el misterio de la Iglesia (el rayo de luz blanca) se descompone en esos rayos de luz coloreada que son precisamente la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad.

Los santos son aquellos cristianos que en un modo ejemplar han encarnado esta antropología de los horizontes eclesiales, y no es

---

<sup>1</sup> Cfr. R. Guardini, *Il senso della Chiesa*, en Id., *La realtà della Chiesa*, Morcelliana, Brescia 1967, p. 21.

por casualidad que la liturgia haya asociado los términos de unidad, santidad y apostolicidad –tres de las cuatro “notas” de la Iglesia– a San Bernabé y San Josafat. En ellos la belleza del misterio de la Iglesia se ha reflejado y “dispersado” en modo sublime. San Ambrosio escribió que “en los santos es bella la Iglesia”<sup>2</sup>, y en nuestros días un padre de la renovación de los estudios teológicos afirmaba: “En un santo ha pasado la Iglesia entera”<sup>3</sup>.

### ***1. Del “yo” al “nosotros” eclesial.***

“Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo” (1 Cor 12, 13). “Porque todos ustedes, por la fe, son hijos de Dios en Cristo Jesús, ya que todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo” (Gal 3, 26-27). En estas dos afirmaciones de San Pablo se encierra toda la dinámica del devenir cristiano. El hombre, que recibe el bautismo de Cristo, que se sumerge en Él, mientras es arrancado de la esclavitud de los ídolos, entra en una nueva relación de gracia: la relación con Cristo. Esta unión con Cristo, no obstante, sacramental e históricamente, existe en un cuerpo: el cuerpo de la Iglesia. “La nueva existencia del individuo ‘en Cristo’ (cfr. 2 Cor 5, 17) es también la existencia de una nueva comunión fundada ‘sobre Jesucristo’. No es posible una división entre el aspecto ‘individual’ y ‘social’, con la personal unión a Cristo, se da también la incorporación en la comunión colectiva con Cristo”<sup>4</sup>.

Revestirse de Cristo no puede configurarse de este modo como algo puramente intelectual o espiritual (privado), sino que comprende necesariamente un proceso de incorporación histórico y real.

<sup>2</sup> S. Ambrosio, *De mysteriis*, c. VII, 39.

<sup>3</sup> H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, in AA.VV., *La teologia dopo il Vaticano II*, (bajo la dirección de J. M. Miller), Morcelliana, Brescia 1967, p. 329 (or. inglés *Vatican II – An Interfaith Appraisal*, University of Notre Dame, March 20-26, 1966).

<sup>4</sup> R. Schnackenburg, *La Chiesa nel Nuovo Testamento*, Morcelliana, Brescia 1966, p. 178.

A nivel del individuo, el proceso sucede según esta dinámica: mi “yo” debe adherir, encajar en eso “primero” (H. Schlier) que es el cuerpo, y que sólo puede comunicarme la misma vida de Cristo: la Iglesia. “Cristo –ha escrito el cardenal J. Ratzinger– se ha construido un cuerpo; si quiero encontrarlo y hacerlo mío estoy llamado a tomar parte como un humilde miembro, pero en forma completa”<sup>5</sup>. Mi “yo” “deja de ser un sujeto autónomo, que tiene en sí mismo su propia existencia. Es arrancado de sí mismo, e insertado en nuevo sujeto”<sup>6</sup>. Este sujeto no es otro que Cristo en su cuerpo, esto es, la Iglesia, sacramento y signo del mismo Cristo. El encuentro entre el “yo” –el individuo– y Cristo es posible de este modo solamente por la indisoluble unión que existe entre Cristo y la misma Iglesia.

“Desear a Dios –escribió el gran teólogo ruso V. Soloviëv– significa desear libremente pertenecerle”<sup>7</sup>. Aplicando estas palabras a nuestro tema podemos ya extraer una primera e importante conclusión: el deseo de pertenecer a Cristo no puede ser separado del deseo de pertenecer a ese cuerpo que, manifestándolo, me ha permitido encontrarlo: la Iglesia. Como ya ha sido afirmado: el cuerpo está “primero”, me precede, no soy yo el que lo creo.

## **2. La Iglesia esposa y madre, sacramento de Cristo.**

“La Iglesia, toda la Iglesia, sólo la Iglesia, la de hoy como la de ayer y la de mañana, es el sacramento de Jesucristo. A decir verdad, ella no es otra cosa que esto. El resto no es más que un agregado. (...) La Iglesia tiene por única misión hacer presente a Jesucristo en medio de los hombres. Ella debe anunciarlo, darlo a todos. El resto, lo repetimos,

---

<sup>5</sup> J. Ratzinger, *Chiesa, ecumenismo e politica*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1987, pp. 11-12. Cfr. Benedetto XVI, *Discorso all'udienza generale* (10.12. 2008).

<sup>6</sup> J. Ratzinger, *Teologia e Chiesa*, en *Communio*, n. 87 (1986) 96. Cfr. R. Fisichella, *Ecclesialità dell'atto di fede*, en R. Fisichella (ed.), *Noi crediamo. Per una teologia dell'atto di fede*, Dehoniane, Roma 1993, pp. 59-83.

<sup>7</sup> V. Solov'ev, *I fondamenti spirituali della vita*, Lipa, Roma 1998, p. 39.

no es más que un agregado”<sup>8</sup>. La Iglesia como cuerpo no hace más que comunicar lo que Cristo como cabeza le dona. En Él –como recuerda San Pablo– habita “toda la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9). Es suficiente tener presente la experiencia de la persecución para entender todavía más la temática de la sacramentalidad de la Iglesia. “Yo soy Jesús a quien tu persigues” (Hch 9, 5). Estas palabras, que Saulo escucha mientras se dirige a Damasco para perseguir a los primeros cristianos, muestran más allá de toda consideración, qué significa afirmar que la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Estos primeros cristianos eran “sacramentos, es decir, signos de la íntima unión con Dios” (*Lumen gentium*, n.1). La carne del cuerpo (Iglesia) no es otra cosa con respecto a la cabeza (Cristo): la primera revelaba la segunda. “El esposo y la esposa – como afirma H. de Lubac– son una sola carne. Cabeza de la Iglesia, Cristo, no la gobierna desde fuera: ella depende de Él, pero es al mismo tiempo el cumplimiento y la ‘plenitud’ ”<sup>9</sup>.

Es de esta condición esponsal (cfr. *Lumen gentium*, n. 6) que la Iglesia extrae su propia capacidad y función materna. Sobre este tema de Lubac escribió páginas todavía hoy insuperables. En 1966 durante un convenio teológico habló en estos términos: “¿Cómo circunscribir a esta Iglesia, cómo aferrarla? Cuanto más mi mirada trata de concentrarse, más trato de alejar las representaciones erróneas, más resplandece en mis ojos su verdad profunda –y menos sé cómo definirla”<sup>10</sup>. “De todos modos mi mirada no me ha engañado. Me ha revelado algo que precede a cualquier reflexión y que cada reflexión no hace más que confirmar. Este algo lo puedo definir con una palabra: la Iglesia es mi madre”. “Si la Iglesia, toda la Iglesia, aquella de las generaciones pasadas, que me transmitió su vida y sus enseñanzas; (...) aquella que trabaja y reza, que actúa y contempla, que recuerda y busca; (...). Esta

---

<sup>8</sup> H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, Jaca Book, Milano 1979, p. 144. 148. “Ella (la Iglesia) existe por obra de su Esposo y para él; no le queda tiempo para mirarse a sí misma”. H.U. von Balthasar, *Spirito e istituzione*, Morcelliana, Brescia 1971, p. 143.

<sup>9</sup> H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, cit., p. 140. Cfr. R. Marangoni, *La Chiesa mistero di comunione. Il contributo di Paolo VI nell’elaborazione dell’ecclesiologia di comunione (1963-1978)*, Roma 1981, pp. 211-241.

<sup>10</sup> H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, cit., p. 327.

Iglesia es mi madre. Es así que desde el inicio he empezado a conocerla, sobre las rodillas de mi madre terrena”<sup>11</sup>.

Todo esto para la Iglesia no es un motivo de orgullo porque su misión es justamente la de comunicar a Cristo para que, revestidos de Él, podamos convertirnos en criaturas nuevas (cfr. Gal 6, 15; 2 Cor 5, 17). “¡Benditos aquellos, concluía de Lubac, que aprendieron de sus madres, desde la infancia, a mirar a la Iglesia como una madre! ¡Benditos, más benditos, aquellos que la experiencia, cualquiera haya sido, haya confirmado esta primera mirada!”<sup>12</sup>.

En toda esta meditación encuentran eco con nueva fuerza las advertencias de los Padres de no separarse jamás de la Iglesia que es madre, para encontrar la salvación que es Cristo. “No, no te separes jamás de la Iglesia. Ningún poder tiene su fuerza. Tu esperanza es la Iglesia. Tu salvación es la Iglesia. Tu refugio es la Iglesia (...). Ella no envejece jamás: su juventud es eterna, escribe San Juan Crisóstomo”<sup>13</sup>. San Cipriano recuerda también la necesidad de experimentar primero la maternidad de la Iglesia para poder después afirmar de tener a Dios como padre: “Para que uno pueda tener a Dios como padre, primero debe tener a la Iglesia como madre”<sup>14</sup>.

La afirmación “Dios sí, Iglesia no” se revela en su intrínseca contradicción. El sí del hombre a Dios implica necesariamente un sí también a su sacramento: la Iglesia. Las palabras del teólogo ortodoxo G. Florovskij son por demás claras: “La convicción personal o bien una particular disciplina de la vida no bastan para hacer de un hombre un cristiano. La existencia cristiana presupone una incorporación, una participación en la comunidad”<sup>15</sup>.

Este largo *excursus* sobre la Iglesia como sacramento esponsal

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 328.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 329.

<sup>13</sup> Giovanni Crisostomo, *De capto Eutropio*, hom., cap. 6. Cfr. Paolo VI, *Discorso all'udienza generale* (22. 06. 1966).

<sup>14</sup> Cipriano, *Carta*, 74, 7; *De Catholicae Ecclesiae unitate*, 6.

<sup>15</sup> G. Florovskij, *Il corpo del Cristo vivente. Un'interpretazione ortodossa della Chiesa*, en *id.*, *Cristo, lo Spirito, la Chiesa*, Qiqajon, Magnano (BI), 1997, p. 123.

y materno de Cristo quedará suspendido en el aire si no llegara a una ulterior consecuencia y determinación. “Si entonces la Iglesia es madre –es otra vez el pensamiento de de Lubac– lo es, debe serlo, también cada cristiano”<sup>16</sup>.

### **3. *El alma eclesial.***

¿Cómo explicar la realidad indicada por las palabras de de Lubac, después de que se ha apenas afirmado que el cristiano es tal sólo porque pertenece al cuerpo de la Iglesia? ¿No se está quizás delante a una contradicción? Es necesario mirar una vez más la tradición de la Iglesia. “La misma cosa es, pues, dicha universalmente por la Iglesia, especialmente por María, y singularmente por el alma fiel”, escribió Isaac de la Estrella<sup>17</sup>. Después de él San Pedro Damiano y Pascal serán de la misma idea<sup>18</sup>. La afirmación es suficientemente clara en su esencia: la maternidad de la Iglesia encuentra plena actuación también en el creyente individual.

En nuestros días Juan Pablo II ha propuesto nuevamente la misma enseñanza usando la categoría de semejanza: “cada madre transmite al hijo su propia semejanza: también entre María y la Iglesia hay una relación de profunda semejanza”<sup>19</sup>. Como se puede fácilmente observar, se menciona aquí sólo una parte de lo afirmado por Isaac de la Estrella; la lógica de todos modos no cambia. Podemos traducir de este modo las palabras del pontífice: la Iglesia transmite al “alma fiel” su propia semejanza

---

<sup>16</sup> H. de Lubac, *La maternità della Chiesa*, en *id.*, *Pluralismo di Chiese o unità della Chiesa?*, Morcelliana, Brescia 1973, p. 155. Los Padres desarrollarán el paralelismo Iglesia-alma para explicar cómo el Verbo debe nacer también en el corazón de cada uno de los fieles –la maternidad de cada creyente – y no sólo en la Iglesia. Cfr. H. de Lubac, *La maternità della Chiesa*, *cit.*, pp. 155-177.

<sup>17</sup> Isaac de Estrella, *Sermo*, 51.

<sup>18</sup> Cfr. H. de Lubac, *Cattolicismo*, Jaca Book, Milano 1978, pp. 149-156; *id.*, *Meditazione sulla Chiesa*, *cit.*, pp. 253-256..

<sup>19</sup> Juan Pablo II, Homilía n. 4 (Efeso, 30. 11. 1979). Cfr. *Lumen gentium*, n. 65.

de la maternidad. Somos conducidos así a esa realidad que los Padres llamaban “ánima eclesial” o “*vir ecclesiasticus*”: “Por mi cuenta –afirma Orígenes– mi aspiración es la de ser verdaderamente eclesial”<sup>20</sup>. San Ambrosio no es menos explícito: “¡Alma, tú que crees en Dios debes ser una mujer fuerte! Como un alma eclesial o como la Iglesia misma”<sup>21</sup>.

Comentando las palabras de Orígenes, H. de Lubac escribe: “En su concepción originaria, sin la distinción obligada entre clérigo y laico, el ‘eclesiástico’, *vir ecclesiasticus*, es el hombre de Iglesia, el hombre en la Iglesia, mejor: él es el hombre *de la Iglesia*, el hombre de la comunidad cristiana. Si ya no podemos arrancar al pasado el vocablo con este significado, conservemos al menos la realidad. Que ella reviva en muchos de nosotros”<sup>22</sup>. Es exactamente lo que le sucedió a Santa Catalina de Siena que en sus cartas se expresaba así: “Ahora no sé lo que la bondad divina querrá hacer de mí, pero en cuanto al sentimiento corporal, me parece que yo lo debo confirmar en este tiempo con un nuevo martirio en la dulzura de mi alma, esto es, de la Iglesia: (...). He rogado y ruego a su misericordia que cumpla en mí su voluntad” (Carta 373)<sup>23</sup>.

#### **4. El origen divino de las “notas” de la Iglesia y sus actuaciones en el creyente**

Es oportuno abandonar por un momento el tema del alma eclesial para volver una vez más a la Iglesia en su conjunto. En el n° 7 de

<sup>20</sup> *In Lucam, hom. 2*. Cfr. también *In Jo*, XII, 44.

<sup>21</sup> *Expositio Evangelii sec. Lucam*, VIII, 10. Cfr. H. Rahner, *Maria e la Chiesa*, Jaca Book, Milano 1977<sup>2</sup>, p. 91.

<sup>22</sup> H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, cit., p. 165. Del mismo de Lubac, *Credo la Chiesa. Saggio sulla struttura del Simbolo Apostolico*, (2a parte), Marietti, Torino 1970, pp. 53-55. H. U. von Balthasar, *Sponsa Verbi*, Morcelliana, Brescia 1972, pp. 162-168.

<sup>23</sup> En A. Sicari, *Nuovi ritratti di santi*, Jaca Book, Milano 1991, pp. 9-24; aquí en la p. 24. El carácter eclesial de la fe encuentra aquí su fundamento. La liturgia lo recuerda cada vez: “No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia”. Cfr. H. de Lubac, *Meditazione sulla Chiesa*, cit., pp. 20-22; *id.*, *Credo la Chiesa*, cit., pp. 19-34. A. Dulles, *La dimensione eclesiale della fede*, in *Communio*, n. 143 (1995) 35-49.

*Lumen gentium* leemos dos importantes afirmaciones:

1) “De Él (Cristo) ‘todo el cuerpo (...) recibe el crecimiento querido por Dios’ (Col 2, 19)”;

2) Cristo “nos ha participado su Espíritu, que, único e idéntico en la cabeza y en los miembros, vivifica, unifica y dinamiza el cuerpo entero”. Según el texto conciliar es un único principio vivificador el que mantiene y edifica los distintos miembros en la unidad, entre ellos, y con la cabeza Cristo. Miembros y cabeza no son dos realidades yuxtapuestas y animadas por dos principio distintos<sup>24</sup>. Afrontando ahora el tema de las “notas” es necesario tener siempre presente la totalidad del único “cuerpo” que en Cristo es “sacramento, esto es signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, n°1).

Antes que nada, ¿qué entendemos por “notas” de la Iglesia? “Las propiedades de Iglesia –sinónimo de “notas” según Y. Congar – son más íntimas, mas idénticas a la esencia misma de la Iglesia, de la cual no se distinguen si no es por el análisis. Por esto, son inseparables unas de otras”<sup>25</sup>. Y de todos modos, siempre en el plano del análisis, “si las propiedades son realmente idénticas a la esencia misma de la Iglesia, sin embargo hacen posible conocerla bajo aspectos distintos”<sup>26</sup>. La Iglesia, justamente, no existe un instante antes de sus mismas “notas”, porque estas son su esencia y su identidad. Estas no se agregan en un segundo momento a algo ya dado y definitivamente completo: “Las notas emanan da la misma naturaleza de la Iglesia”<sup>27</sup>.

---

<sup>24</sup> Cfr. G. Philips, *La Chiesa e il suo mistero. Storia, testo e commento della Lumen gentium*, Jaca Book, Milano 1982<sup>2</sup>, pp. 104-105; F. A. Sullivan, *Lo Spirito Santo: “Principio dell’unità della Chiesa”*, en *Communio*, n. 91 (1987) 19-24.

<sup>25</sup> Y. Congar, *Proprietà essenziali della Chiesa*, in *Mysterium Salutis*, Queriniana, Brescia 1972, vol. VII, p. 445. Para el teólogo ortodoxo P. Evdokimov las notas “expresan la plenitud del ser” de la Iglesia y “aseguran la continuidad del la obra del Señor hasta la Parusía”. P. Evdokimov, *L’Ortodossia*, EDB, Bologna 1981<sup>3</sup>, p. 211.

<sup>26</sup> Y. Congar, *Proprietà essenziali della Chiesa*, cit., p. 446.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 445. En los meses de julio y agosto de 1977, Pablo VI dedicó a las “notas” de la Iglesia los discursos de cuatro audiencias generales. Más recientemente también Benedicto XVI ha hablado de ellas. Cfr. *Regina caeli, Solennità di Pentecoste* (27.05.2007).

Si tenemos presente ahora lo que afirma *Lumen Gentium* n°7, si la Iglesia en sus “notas” manifiesta su propia naturaleza, aparece claro el origen divino, teológico de las mismas “notas”. Balthasar escribió que “todas las gracias objetivas y todas las ‘notas’ que la Iglesia posee en consecuencia” están “garantizadas por su Fundador”<sup>28</sup>, porque “es Cristo que por medio de su pasión crea la Iglesia”<sup>29</sup>. Limitándonos aquí a la “nota” de la catolicidad, con el mismo Balthasar podemos decir que “una Iglesia puede ser católica sólo porque primero Dios es católico y porque en Jesucristo y en última instancia en el Espíritu Santo, esta catolicidad de Dios se ha abierto al mundo: revelándose y donándose al mismo tiempo”<sup>30</sup>. El papa Pablo VI expresaba el mismo concepto cuando explicaba que “la Iglesia hace resonar la luz de Cristo en el mundo (...) con la irradiación exterior de ciertos caracteres, de ciertas notas que derivan de propiedades esenciales e intrínsecas de la Iglesia, y que manifiestan, a los ojos del mundo, su autenticidad. Son las famosas cuatro notas características y exclusivas de la Iglesia”<sup>31</sup>.

Otro decisivo paso adelante se ha ahora completado y otra conclusión se hace clara: cada cristiano tiene el deber de manifestar en las “notas” el misterio mismo de la Iglesia. “Con esta advertencia hijos queridísimos –exclamaba Pablo VI– a cada uno de nosotros (fieles) le es dado el poder y el deber de resaltar estas notas, que conforman la belleza y vuelven atractiva a la Iglesia, mostrando con nuestra adhesión y con nuestro testimonio cómo de verdad la Iglesia de Cristo sea una, sea santa, sea católica, sea apostólica”<sup>32</sup>. Si conectamos las palabras del pontífice con lo dicho precedentemente a propósito del “alma eclesial”, se intuye fácilmente por qué para cada cristiano es posible “resaltar estas notas, que conforman la belleza y vuelven

---

<sup>28</sup> H.U. von Balthasar, *Verbum Caro*, Morcelliana, Brescia 1968, p. 167.

<sup>29</sup> H.U. von Balthasar, *Sponsa Verbi*, cit., p. 162.

<sup>30</sup> H.U. von Balthasar, *Cattolico*, Jaca Book, Milano 1976, p. 34.

<sup>31</sup> Pablo VI, *Discorso all'udienza generale* (22. 06. 1966).

<sup>32</sup> Ibid. Para una primera mirada al tema de las “notas” en el magisterio de Pablo VI se remite a D. Paoletti, *La testimonianza cristiana nel mondo contemporaneo in papa Montini*, Casa Editrice Francescana, Assisi 1991, pp. 295-304.

atractiva a la Iglesia": lo que "universalmente" ha sucedido y sucede en la Iglesia, se realiza después "individualmente" en el alma de cada creyente.

### **5. Las "notas" del alma eclesial.**

Después de un largo recorrido hemos llegado al centro de nuestro tema. Mostrar cómo las cuatro "notas", que constituyen la esencia misma de la Iglesia, puedan actuar en el individuo cristiano; entender de qué manera pueden convertirse en la clave de lectura de una entera existencia cristiana, esto es eclesial, hasta el punto de poder decir que en una, o más de una, de estas "notas" se ha concentrado y resumido toda la existencia de un cristiano. Haremos este trabajo tomando rapidísimamente en consideración la "existencia eclesial" de aquellos cristianos que más que otros han encarnado todo esto y en los cuales por eso mismo la Iglesia se ha reflejado y se ha "refractado" en modo particularmente evidente: los santos.

#### **a) Unidad.**

Si de verdad "el alma es aquel microcosmos de aquel gran mundo que es la Iglesia"<sup>33</sup>, ¿en qué modo se refleja y se pone en acto en el cristiano la unidad de la Iglesia? H. Schlier concluía su estudio sobre la unidad de la Iglesia en el Nuevo Testamento afirmando que la unidad es "algo ya dado y no sólo a crear, algo presente y no sólo futuro, algo concretamente histórico, más aún social, y no algo ideal o interior, y además algo que cada cristiano debe siempre continuamente conquistar y conservar. Por eso los cristianos pueden abandonar la unidad de la Iglesia o volver a ella, pero no pueden llevársela consigo (...). El Cuerpo de Cristo, que es uno, es indivisible"<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> H. de Lubac, *Cattolicismo*, cit., p. 151.

<sup>34</sup> H. Schlier, *Riflessioni sul Nuovo Testamento*, Paideia, Brescia 1976<sup>2</sup>, p. 250.

¿Qué significa para un cristiano “conquistar y conservar” esta unidad en su existencia concreta? Significa antes que nada responder a la “vocación” (Ef 4, 4) a la cual Dios lo ha llamado: tener “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4, 5), “un solo Espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12, 13).

La historia documenta, no obstante, que “en esta Iglesia de Dios una y única surgieron desde los primerísimos tiempos algunas divisiones” (*Unitatis redintegratio*, n. 3) de modo que “también por falta de mutua comprensión y caridad” (*Unitatis redintegratio*, n. 14) surgieron separaciones, algunas de las cuales perduraron hasta nuestros días. Frente a esto y también gracias a un amor más grande por la unidad, vivido y sufrido por algún cristiano, tomó impulso en el lacerado cuerpo de la Iglesia “un movimiento por la unidad” (*Unitatis redintegratio*, n. 1), “esa plenitud de la unidad” (*Unitatis redintegratio*, n. 4) que los discípulos de Cristo sólo podrán revivir gracias al impulso del Espíritu Santo, a la oración y al amor recíproco. Para los santos todo esto no quedó en un teoría abstracta, si es verdad que hicieron de su vida una ofrenda a Dios por la lacerada unidad del cuerpo de Cristo, contribuyendo así a despertar en muchos otros cristianos un amor análogo<sup>35</sup>.

Ilustraremos lo dicho evocando solamente dos ejemplos en la reciente historia de la Iglesia. San Rafael Kalinowski (1835-1907), canonizado el 17 de noviembre de 1991, y Sor Gabriela Sagheddu (1914-1939), beatificada el 25 de enero de 1983.

Rafael Kalinowski –de origen polaco, aunque nacido en Vilnius (Lituania), oficial del ejército zarista, deportado en Siberia y desde el 1877 carmelita descalzo– en su existencia estuvo impulsado por “un extraordinario ardor de caridad por la unidad de la Iglesia”<sup>36</sup>. A una monja carmelita francesa escribía así: “Quiera rezar por mí, para que el Señor me conceda sobre todo la gracia de amar el sufri-

---

<sup>35</sup> Cfr. L. Chiarinelli, *Il valore ecumenico della santità*, en G. Mazzotta - J. Ilunga Muya (bajo la dirección de), *Veritas in caritate*. Miscellanea di studi in onore del card. José Saraiva Martins, cit., pp. 355-366.

<sup>36</sup> Messale proprio dell'Ordine Carmelitano, *Colletta alla messa della memoria liturgica di S. Raffaele Kalinowski*, Edizioni OCD, Roma 2003<sup>2</sup>, p. 192.

miento y de perseverar en este camino. Aunque ahora me sienta declinando –tengo 62 años– no puedo liberarme del pensamiento de que el buen Dios, si permanezco fiel, me permitirá todavía, con su gracia, trabajar a través del Carmelo de Nuestra Señora por la unidad de la Iglesia”<sup>37</sup>. Podemos ver hoy a través de esta expresión casi una anticipación de lo que después dirá el Concilio Vaticano II: “El cuidado por restablecer la unidad, involucra a toda la Iglesia (...) y toca a cada uno según su propia capacidad (...) en la vida cristiana de todos los días” (*Unitatis redintegratio*, n. 5).

El dolor por la laceración sufrida en el cuerpo de la Iglesia encendió en el corazón de Sor Gabriela Sagheddu un fuerte deseo por la unidad de todos los cristianos. Durante la “semana de oración por la unidad de los cristianos” en 1938, Sor Gabriela, consciente de ser parte de ese cuerpo dividido de Cristo, confesó estas palabras a la abadesa de su propio monasterio: “Déjeme ofrecer mi vida; después de todo, ¿cuánto vale? Yo no hago nada, ni he hecho nunca nada”<sup>38</sup>. Habiendo sabido de esta inmolación espiritual por la unidad de la Iglesia, el benedictino anglicano B. Ley, de la abadía de Nashdom, escribió a la abadesa, superiora de Sor Gabriela: “Es por mérito de estos sacrificios, unidos a la Pasión de Cristo, que veremos realizarse la unión visible de todos los cristianos, en un solo cuerpo, bajo una sola cabeza”<sup>39</sup>.

La vida de estos dos cristianos –hoy asociados al numeroso ejército de los beatos y de los santos de la “unidad” con San Josafat y San Leopoldo Mandic<sup>40</sup> – muestra de qué modo la “nota” de la unidad de la Iglesia pueda resonar en la existencia cotidiana de los cristianos.

---

<sup>37</sup> Carta citada en S. T. Praskiewicz, *San Raffaele Kalinowski*, Roma 1991, p. 112.

<sup>38</sup> Monica della Volpe, *La strada della gratitudine. Suor Maria Gabriella*, Jaca Book, Milano 1996<sup>2</sup>, p. 79.

<sup>39</sup> B. Martelet, *Una vita per l'unità dei cristiani. Suor Maria Gabriella*, Citta Nuova, Roma 1987, p. 130. En la encíclica *Ut unum sint*, n. 27 Juan Pablo II ha señalado a la Beata Sor María Gabriela como modelo de vida en la cual la “preocupación por la unidad” ha estado siempre presente.

<sup>40</sup> Para S. Leopoldo Mandic, léase el discurso de la beatificación de Pablo VI (02. 05. 1976) y el de la canonización de Juan Pablo II (15. 10. 1983).

**b) Santidad.**

“Yo sola no soy nada. Dio es todo. Pero es así, a través de la nada que Él quiere mostrar su grandeza. Todo lo que yo hago, lo hago con Jesús, por Jesús (...). Es Dios el que escribe. Yo soy solo un frágil lápiz en sus manos. En términos humanos mis obras no contarían nada”<sup>41</sup>. Estas palabras, pronunciadas por la Madre Teresa de Calcuta (1910-1997) al cumplir ochenta años, describen con precisión también lo que toda la iglesia –“inmaculada *esposa* del Ángel inmaculado” (*Lumen gentium*, n. 6)– podría decir de sí misma en un imaginario diálogo con Cristo. En su ser sacramento, sólo la Iglesia puede pronunciar con absoluta verdad estas palabras: “Yo sola no soy nada. Dios es todo. Es Dios el que escribe”. En un procedimiento opuesto, la Madre Teresa podría decir de sí misma lo que la liturgia pide para la toda Iglesia cuando afirma que “(la Iglesia) unida a Cristo su cabeza, se ofrezca a ti (Dios) y sea siempre dócil instrumento de tu voluntad”<sup>42</sup>.

En nuestros días el tema del “alma eclesial” no podría encontrar mejor explicitación. El paralelismo establecido nos parece ulteriormente justificado cuando se tienen en cuenta las palabras de *Lumen gentium* n. 4: “El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo”. Con absoluta lógica se puede decir con la Madre Teresa: “La Iglesia somos nosotros, yo, tú...”<sup>43</sup>. En los labios de la pequeña monja albanesa estas palabras no son índice de excesiva consideración de sí misma, sino la conciencia de lo que cada cristiano –cada “alma eclesial”– es: “espacio” de santidad porque habitado por el Espíritu Santo. Hacia el final de los años sesenta, en un clima de general contestación hacia la Iglesia institucional, el entonces docente de teología Joseph Ratzinger, con su habitual eficacia, explicaba así el mismo concepto: “La Iglesia no vive en otra

---

<sup>41</sup> *Una matita nelle mani di Dio. Colloquio con Madre Teresa di Calcutta*, en *L'Espresso*, 09. 09. 1990, p. 115.

<sup>42</sup> *Messale Romano, Orazione sulle offerte alla messa per la Chiesa universale* (edición 1984, p. 778).

<sup>43</sup> *Madre Teresa, La gioia di darsi agli altri*, (bajo la dirección de J. L. Gonzales-Balado), Paoline, Roma 1978, p. 99.

cosa que en nosotros: vive de la lucha emprendida por los no-santos para conseguir la santidad, como por otra parte vive a su vez del don de Dios, sin el cual la santa batalla no podría ni siquiera tener lugar”<sup>44</sup>.

Pablo VI en su “Solemne profesión de fe” en junio de 1968 recuerda que la Iglesia, en virtud de los sacramentos que emanan de la plenitud de Cristo, es santa y que ella “no posee otra vida si no la de la gracia”. Como “viviendo de su vida sus miembros se santifican”; así “sustrayéndose a su vida (...) impiden que (la Iglesia) irradie su santidad”<sup>45</sup>. Participar en los sacramentos significa de este modo acceder y comunicar la misma santidad de Dios. “En la mañana –recuerda Madre Teresa– durante la comunión tuvimos en las manos toda la santidad de Dios”<sup>46</sup>.

Sólo después de este contacto (“en las manos”) estamos listos para la caridad hacia los hermanos más necesitados: “Tenemos necesidad de las manos de Cristo para tocar estos cuerpos heridos por el sufrimiento”<sup>47</sup>, las mismas manos de Cristo, que eucarísticamente tuvimos entre las manos. En este proceso encuentran confirmación las palabras del Concilio: “(...) de la eucaristía, proviene, como de una fuente, la gracia y se obtiene, con la máxima eficacia, la santificación de los hombres y la glorificación de Dios en Cristo, hacia la que convergen, como a su fin, todas las otras actividades de la Iglesia” (*Sacrosanctum concilium*, n.10).

### **c) Catolicidad.**

La catolicidad, antes que una de las “notas” de la Iglesia, es primero que todo descripción de la realidad misma de Dios: “La catolicidad

---

<sup>44</sup> J. Ratzinger, *Introduzione al cristianesimo*, Queriniana, Brescia 1974<sup>5</sup>, p. 284.

<sup>45</sup> Paolo VI, *Solemne professione di fede*, n. 19, (30. 06. 1968). Cfr. A. Cazzago, *Paolo VI, predicatore della santità*, en *Rivista Teologica di Lugano*, X (2005) 335-359.

<sup>46</sup> Madre Teresa, *La gioia di darsi agli altri*, cit., p. 207. Madre Teresa repite en forma muy personal aquello que el Concilio recuerda: “En efecto, en la santísima eucaristía está encerrado todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, el mismo Cristo” (*Presbyterorum ordinis*, n. 5).

<sup>47</sup> Madre Teresa, *La gioia di darsi agli altri*, cit., p. 208.

del Divino está en el origen de la catolicidad de la Iglesia”<sup>48</sup> y, en consecuencia, “católico” es antes que cualquier otra cosa una “cualidad”. “Es totalidad, universalidad (...)”<sup>49</sup>. La Iglesia es entonces “la medida de su catolicidad, que la impregna y la plasma (...), la obtiene no de sí o en sí, sino sobre sí: en el misterio de Cristo”<sup>50</sup>. Delineada de esta forma, la catolicidad no puede ser reducida a una mera “cualidad geográfica”<sup>51</sup>, como muchas veces ha ocurrido a lo largo de la historia de la teología. El teólogo ortodoxo Nikos Nissiotis afirmó que la catolicidad es “un específico acto de Dios que tiene como resultado la creación y la construcción de una comunidad específica, que testimonia la totalidad de la verdad revelada”<sup>52</sup>. También von Balthasar escribió que “la catolicidad es la totalidad de la verdad revelada por Dios y dirigida al mundo entero: la Iglesia es simplemente el instrumento para que esta alcance a los hombres”<sup>53</sup>.

Desde su inicio, el día de Pentecostés, la Iglesia es “católica”. Su catolicidad geográfica (universalidad) vino después. “Eran doce –escribía Lacordaire– y eran ya la Iglesia católica”<sup>54</sup>. Catolicidad significa entonces “plenitud” (Nissiotis), “totalidad y universalidad” (Balthasar).

En la historia de la Iglesia hay lugar para distintas expresiones de esta catolicidad, es más, son éstas que la convierten en algo no “estático, a-histórico”<sup>55</sup>. Dos ejemplos solamente: Santa Teresa de Lisieux (1873-1897) y los santos Cirilo (+ 869) y Metodio (+ 885).

La joven carmelita, recordando un hecho sucedido en su adolescencia –le pidieron que eligiera un regalo de una canasta, y ella respondió “¡Yo elijo todo!”– anotaba: “Este pequeño hecho de mi infancia es el resumen de mi vida (...). Entonces, como en los días de

---

<sup>48</sup> H.U. von Balthasar, *Cattolico*, cit., p. 47.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>51</sup> N. Nissiotis, *Aspetto pneumatologico della cattolicità della Chiesa*, en AA.VV., *Le esigenze dell'unità*, (bajo la dirección de E. Lanne), AVE, Roma 1971, pp. 29-57; aquí en la p. 36.

<sup>52</sup> *Ibid.*

<sup>53</sup> H. U. von Balthasar, *Quattro meditazioni*, Milano 1984, p. 48. Del mismo Balthasar, *Il Credo. Meditazioni sul Credo Apostolico*, Jaca Book, Milano 1990, p. 62..

<sup>54</sup> Citado en H. de Lubac, *Cattolicismo*, cit., p. 24, nota n. 4.

<sup>55</sup> Giovanni Paolo II, *Slavorum apostoli*, n. 18.

mi primera infancia, exclamé ‘Mi Dios, *elijo todo*. No quiero ser una santa a medias (...)’<sup>56</sup>. Según Balthasar estas palabras de Santa Teresa dicen “exactamente qué es la catolicidad: ‘Elijo todo’ ”<sup>57</sup>. Una vez más lo que se dice “universalmente” para la Iglesia, se refleja después “individualmente” en el alma del creyente.

Al lado de la existencia católica de Santa Teresa —¡la catolicidad de la “pequeña vía”!— está la catolicidad misionera de los santos hermanos Cirilo y Metodio. Esa catolicidad misionera que comunicó a la gente de la Gran Moravia el anuncio de la “totalidad revelada”: el Verbo de Dios hecho carne (cfr. *Vita di Constantino*, XIV). Lo que impresiona hoy de su obra es su “sentido católico de la Iglesia”<sup>58</sup>. La vida y la misión de los dos hermanos de Tesalónica es la de mostrar cómo “la dimensión concreta de la catolicidad inscripta por Cristo Señor en la constitución misma de la Iglesia, no es algo estático, a-histórico y uniformemente plano, sino que surge y se desarrolla, en un cierto sentido, cotidianamente como una novedad de la unánime fe de todos aquellos que creen en el Dios uno y trino”<sup>59</sup>.

Esta “novedad” de la fe, superando obstáculos y objeciones humanas (“la herejía de las tres lenguas”, cfr. *Vita di Constantino*, XVIII, 9) permitió a otros pueblos alabar a Dios en su propia lengua. Desde aquellos días, en virtud de la materna catolicidad de Cirilo y Metodio, los pueblos eslavos han entrado definitivamente en el “eterno designio de la Santísima Trinidad”<sup>60</sup>, convirtiéndose en parte del “nuevo pueblo de Dios” (*Lumen gentium*, n. 13).

“Quien hace su parte de católico, coopera a la catolicidad de la Iglesia”<sup>61</sup> escribió von Balthasar. Teresa de Lisieux, Cirilo y Metodio lo demostraron.

---

<sup>56</sup> Teresa di Gesù Bambino, *Manoscritto A*, 10r-10v, en íd., *Opere complete*, Libreria Editrice Vaticana-Edizioni OCD, Città del Vaticano-Roma 1997, p. 91.

<sup>57</sup> H.U. von Balthasar, *Quattro meditazioni*, cit., p. 48. También íd., *Cattolico*, cit., p. 57-58.

<sup>58</sup> Giovanni Paolo II, *Slavorum apostoli*, nn. 16-20.

<sup>59</sup> *Ibid.*, n. 18.

<sup>60</sup> *Ibid.*, n. 20.

<sup>61</sup> H. U. von Balthasar, *Cattolico*, cit., p. 58.

**d) Apostolicidad.**

La perspectiva, dentro de la cual se coloca nuestra reflexión, la podemos definir como la apostolicidad de todo el cuerpo de la Iglesia. La idea de Iglesia como cuerpo permite no reducir el tema de la apostolicidad a la sola sucesión apostólica en su histórico devenir. Porque es toda la Iglesia que “recibe la misión de anunciar e instaurar en todas las gentes el reino de Cristo” (*Lumen gentium*, n. 5), se puede desarrollar –paralelamente al tema de la sucesión apostólica– el de la apostolicidad de la fe o doctrina apostólica.

Después de haber hablado de la “diversidad de los miembros y de las funciones” en la “edificación del cuerpo de Cristo” (*Lumen gentium*, n. 7), el Concilio recuerda que los fieles por la fuerza de su bautismo “están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia”. Después, “por el sacramento de la confirmación (...) están obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras” (*Lumen gentium*, n. 11).

Quien conoce la historia de la Iglesia, sabe perfectamente que las palabras de la *Lumen gentium* recién citadas no pueden ser fácilmente reducidas a una pía exhortación. En la Iglesia algunos santos son tales justamente por haber consumido su inteligencia y, finalmente, la propia vida, en la defensa y en la pública confesión de la doctrina apostólica, en la que se conserva el depósito de la fe. Los ejemplos de San Atanasio, San Máximo el Confesor y de Tomás Moro, por limitarnos a los más famosos, lo documentan ampliamente.

En esta perspectiva, la apostolicidad se manifiesta como misionera y como testimonio<sup>62</sup>. “La Iglesia es por su naturaleza, apostólica, esto es, misionera” ha dicho Pablo VI<sup>63</sup>. En los Hechos de los Apóstoles, junto a los doce “había otros que daban testimonio espontáneamente de la novedad que había transformado sus vidas y unían luego las co-

---

<sup>62</sup> Cfr. D. Paoletti, *La testimonianza cristiana nel mondo contemporaneo in papa Montini*, cit., pp. 327-384.

<sup>63</sup> Pablo VI, *Discorso all'udienza generale* (27. 07. 1966).

munidades en formación a la Iglesia apostólica”<sup>64</sup>. Al inicio, la misión “era un hecho considerado como el fruto natural de la vida cristiana, el compromiso de cada creyente realizado mediante el testimonio personal y el anuncio explícito, cuando sea posible”<sup>65</sup>. En la misión apostólica del cristiano se refleja la misión de la misma Iglesia. Cada cristiano “se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma Iglesia” (*Lumen gentium*, n. 33).

“Soy una buena cristiana, bautizada como se debe y moriré como una buena cristiana. En cuanto a Dios, lo sirvo, soy una buena cristiana y querría ayudar a sostener la Iglesia con todas mis fuerzas”<sup>66</sup>. Estas palabras, que Santa Juana de Arco (1412-1431) pronunciaba delante de sus (injustos) jueces, son un testimonio *ante litteram* de las palabras de *Lumen gentium* n. 11 citadas.

Nosotros y los otros—recuerda la Madre Teresa— cumplimos el mismo trabajo social, pero mientras algunos lo hacen por algo, nosotros lo hacemos por Alguien <sup>67</sup>. “Por Alguien” ha entregado también su propia vida San José Moscati (1880-1927). Su vida de médico fue el instrumento para “difundir y defender con la palabra y la obra, la fe”. El “médico director, investigador insigne, profesor universitario” dio testimonio de su encuentro con Cristo en la Universidad, donde reinaba la masonería. “Todos sabíamos —cuenta un testigo— que el profesor Moscati era como un sacerdote”. La cosa no era distinta con los enfermos. Su profesión de fe cristiana en su profesión de médico era tan conocida (“Quien toma la comunión todas las mañanas, tiene una energía que no le falta jamás”) que “los enfermos sabían que para ser curados por Moscati, era necesario frecuentar los sacramentos”. Su caridad no tenía límites, tan es así que un médico que lo conocía bien dijo: “Fue la más perfecta encarnación que yo haya conocido de la caridad de la que habla San Pablo en la carta a los Corintios”<sup>68</sup>.

<sup>64</sup> Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 27.

<sup>65</sup> *Ibid.*

<sup>66</sup> Cfr. A. Sicari, *Nuovi ritratti di santi*, cit., pp. 25-41; aquí en la p. 38.

<sup>67</sup> Madre Teresa, *La gioia di darsi agli altri*, cit., p. 144.

<sup>68</sup> Cfr. A. Sicari, *Nuovi ritratti di santi*, cit., pp. 151-175.

Debemos señalar al menos dos ejemplos más de este testimonio de la doctrina apostólica. Santa Catalina de Siena (1347-1380), pobre y sin instrucción, se encuentra escribiendo al garante de la misma sucesión apostólica papa Gregorio XI, entonces en Aviñón: “Quiero que seáis un buen pastor, que si tuvierais cien mil vidas, dispongáis dar todas por honor de Dios y por la salud de las creaturas (...). Virilmente, y como hombre viril siguiendo a Cristo de quien sois vicario (...). Vamos entonces, Padre, y no más negligencias” (Carta 185)<sup>69</sup>.

Por último, un verdadero milagro de fe: la historia de los católicos alemanes del bajo Volga que en 1931 fueron deportados en masa del actual Kazajistán por orden de Stalin. En este caso su fe, aún sin la asistencia estable de sacerdotes, sobrevivió por decenios gracias a los relatos transmitidos de padre a hijo<sup>70</sup>. A muchos de estos simples católicos se les pueden aplicar las palabras que la liturgia romana usa en la memoria litúrgica de San Ambrosio: “Maestro de la fe católica y ejemplo de fortaleza apostólica”.

### ***Conclusión***

Al término de este capítulo es oportuno resumir algunas de las conclusiones a las que hemos llegado. Se es cristiano porque se entra a formar parte de una realidad, de un cuerpo, que está antes de uno mismo. Este cuerpo es el sacramento de Cristo. Sólo perteneciendo hasta el final, con el “corazón”, yo puedo entrar en comunión con la cabeza que es Cristo; sólo así puedo revestirme de Él y repe-

---

<sup>69</sup> *Ibíd.*, pp. 9-24; aquí en la p. 16.

<sup>70</sup> El relato de estas espantosas deportaciones se lee en AA.VV., *Tribunale Sacharov. Atto secondo*, La Casa di Matriona, Milano 1978, pp. 186-199. Las deportaciones hacia el Kazajistán están descritas también por el gran escritor ruso A. Solzhenitsyn. Cfr. A. Solzenicyn, *Arcipelago Gulag*, Mondadori, Milano 1978, vol. II, pp. 443-466. Para las persecuciones de los sacerdotes católicos alemanes del Volga véase I. Osipova, *Se il mondo vi odia... Martiri per la fede nel regime sovietico*, La Casa di Matriona, Milano 1997, pp. 117-137.

tir con San Pablo: “Ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí” (Gal 2, 20). Mi “yo” toma parte en el “nosotros” de la Iglesia.

Se verifica aquí un verdadero “cambio de sujeto”. “El yo –son las palabras del cardenal Ratzinger– deja de ser un sujeto autónomo, que tiene en sí mismo su propia consistencia. Es arrancado de sí mismo, e insertado en un nuevo sujeto. No es que el yo desaparezca simplemente y definitivamente; tiene que dejarse caer, perderse, para poder recibirse de nuevo en un yo más grande, y junto con este”<sup>71</sup>.

Contemporáneo a este “dejarse ir”, a esta “pasividad” entendida como participación en la cruz de Cristo, hay un segundo aspecto del proceso de incorporación: “El pasivo del devenir cristiano exige el activo de la Iglesia que obra, de la Iglesia en la cual la unidad del sujeto de los creyentes se manifiesta concretamente en las personas físicas”<sup>72</sup>. Es un “recibirse de nuevo en un yo más grande”: el de la misma Iglesia, lo que da consistencia y forma al cuerpo eclesial según todo lo que le es propio y que le pertenece por naturaleza. Como ha afirmado Benedicto XVI, la Iglesia es “la expresión social de la fe cristiana”<sup>73</sup>.

Como hemos visto, es propio y pertenece a la naturaleza de la Iglesia el ser una, el ser santa, el ser católica y el ser apostólica. Todo esto es no obstante simultáneamente propio también de cada creyente individual, de cada singular “alma cristiana” y es por esto que las palabras del “Credo” que implican la naturaleza de la Iglesia asumen también un valor antropológico. “Junto a los Padres aparece primero la Iglesia –escribió Congar– pero cada miembro posee, en cuanto tal, la plenitud de los atributos de la Iglesia: unidad, catolicidad, apostolicidad y santidad”<sup>74</sup>.

En una concreta existencia cristiana las “notas” no aparecen nunca netamente separadas, como en cambio emergen de esta expo-

---

<sup>71</sup> J. Ratzinger, *Teologia e Chiesa*, cit., p. 96. Cfr. también la encíclica *Spe salvi*, n. 13.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>73</sup> Benito XVI, *Deus caritas est*, n. 28.

<sup>74</sup> Y. Congar, *Proprietà essenziali della Chiesa*, cit., p. 484.

sición. No están dispuestas una al lado de la otra como elementos que, por más cercanos que estén, resultan siempre separados. Un mismo santo puede haber vivido y manifestado individualmente una o más “notas”. Para Santa Teresa de Lisieux, por ejemplo, se puede hablar de una catolicidad entrelazada a la apostolicidad. Es por esto que la Iglesia la proclamó patrona de las misiones.

Los cristianos son entonces personas del “rostro eclesial”; personas sobre las cuales resplandece, reflejándose, el rostro de la madre que cotidianamente, como hijos<sup>75</sup>, los genera y alimenta. Los santos lo han mostrado plenamente: “Es necesario envidiar a Santa Catalina moribunda las palabras conclusivas de su encendida vida: ‘Yo, en verdad, he consumido y entregado la vida en la Iglesia y por la Iglesia: lo cual ha sido para mí una gracia singularísima’ ”<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Vale la pena recordar aquí la frase que S. Teresa de Ávila pronunció antes de morir: “Sea bendito Dios, hijas mías, porque soy hija de la Iglesia”. Cfr. Tommaso della Croce [Alvarez], “*Sono figlia della Chiesa*”, en E. Ancilli (bajo la dirección de), *Teresa di Gesù*, Roma 1981, pp. 214-272.

<sup>76</sup> Pablo VI, *Discorso all’udienza generale* (15. 06. 1966).